

concierto sino en piezas didácticas para sus alumnos.

Para terminar, y por su importancia, no podemos dejar de mencionar su feliz matrimonio -en 1993, en Bucaramanga- con Sonia Arias, bailarina y coreógrafa, con quien había trabajado en el pasado en diferentes proyectos y con quien compartía pasiones comunes. Sonia se convirtió en su mano derecha, hasta la muerte del maestro el 5 de enero de 2020 en esa misma ciudad.

Esta es a grandes rasgos la vida y obra de Blas Emilio Atehortúa, uno de los compositores antioqueños más prolíficos de nuestra historia musical. Esperamos que este modesto reconocimiento sea una invitación a rendirle el gran homenaje que se merece, rescatando y difundiendo su obra.

Álvaro de Jesús Ramírez. Envigado. Ingeniero industrial de la U. de A. Gestor Cultural en la Sociedad de Mejoras Públicas, socio de la Corporación Encuentro Nacional del Tiple y columna permanente en la Revista Musical La Vitrola.

Bibliografía:

Susana Friedmann. *Blas Emilio Atehortúa. Tallando una vida de Timbres, Acentos y Resonancias.* Ministerio de Cultura. Colombia, 2011.

Grupo de Investigación Audiovisual Interdís. Documental *'Blas: el Hombre y su Leyenda'*. Universidad Nacional de Colombia, Sede Medellín, 2008.

Un recuerdo de Balmore Álvarez

Editó a Efe Gómez y a Manuel Mejía Vallejo.

A Eduardo Escobar y a Rafel Gutiérrez

Girardot. Publicó sin permiso a Klim, y

editó los poemas que declamaba Fausto

Cabrera. Antorcha y Carpel-Antorcha, sus

bastiones editoriales. Un tal Balmore Álvarez.

Sebastián Mejía

*...un amigo que cantaba.
Y que una noche murió de puñal.*

Manuel Mejía Vallejo.

Aire de tango

Hay vidas anchas, tanto, que se resisten a ser apresadas entre los contornos definidos, limitados, de las letras de molde. Esas vidas, si extintas, conservan su condición huidiza, inaprensible entre los vericuetos de su discurrir original. He aquí el recuento de una de esas vidas: la de un hombre que vino al mundo para convertirse en cómplice de glorias ajenas.

Antes de mencionar al dueño de esa vida, su nombre y ocupación, cabe agregar que aún hoy corren sobre su existencia opiniones divididas. Muchos afirman que nuestro personaje nunca existió. Dicen que fue un invento literario de Mejía Vallejo para darle dramatismo a una cróniquita social que tenía engavetada desde hace muchos años. Nosotros, a pesar de creer en los espantos, nos negamos a creerlo santificado por la ficción, defendiendo, obstinados, la convicción de su existencia física.

A continuación les presento algunos retazos de esa vida, rapados y

reunidos con cierta dificultad en un medio donde la inercia para investigar sigue siendo el mejor cómplice del olvido.

Su padre era de apellido Álvarez, su madre, García. Su nombre, uno de etimología imposible: Balmore. Creemos, por nuestros cálculos, que debió haber nacido a finales de la década del 10. Tres corazones estuvieron siempre soportando el suyo, el de su hermana Dófora, dueña de un pequeño almacén en Zea con Carabobo, donde ocultaba de improviso autores desdichados y tertuliantes sin fortuna; el de su hermano Guillermo, un maestro del pasquín, y el de su hermano John, linotipista, quien fuera el eterno escudero de todas sus andanzas.

Las letras lo persiguieron durante toda su vida. Adolescente, estudiante en el barrio Aranjuez, dirigió una revista colegial poblada de caricaturas, donde daba ya muestras de un ánimo irónico, culto y trasgresor. Corría el año de 1932 y Balmore pintaba para ser un editor.

No sabemos cuándo empezó a beber, pero sí que continuó haciéndolo hasta el final de su vida con la devoción con que se bebe entre nosotros el aguardientico de mi Dios. Para mediados de la década del cuarenta ya era un bohemio consagrado. Cafetines y salas de redacción lo relacionaban con una tropa de cerebros dedicados a escandalizar su aburridora villa: Hernán Merino, Miguel

Arbeláez, Hernando Escobar Toro, Edgar Poe Restrepo, José Horacio Betancur, Arturo Puerta. Luego vendrían Alberto Aguirre, Óscar Hernández, Fernando Botero, Dora Ramírez, Carlos Castro, Hernando Agudelo Villa, Carlos Jiménez, Fausto Cabrera, Belisario Betancur y Manuel Mejía Vallejo.

Para el año 41 ya era cantante. En secreto conformaba duetos, y en compañía de una treintena de bohemios sin más ocupación, conformó el llamado Coro de los Peregrinos que dirigía Pepe Bravo Márquez. Cantó Balmore con otras voces desgajadas por el aguardiente: la del guitarrista Rufino Duque Naranjo, la del guerrillero José Alvear; la del veterano cantante Arturo Villa, el de los Cuatro Ases; y la del fotógrafo Guillermo Angulo, entre otras.

Se casó con Margarita Gómez Agudelo, la hija mayor de don Efe. Una mujer inteligentísima, bibliotecóloga, periodista y poetisa ocasional, precursora de la literatura local feminista, y con una suerte para obtener empleos que siempre envidió Balmore.

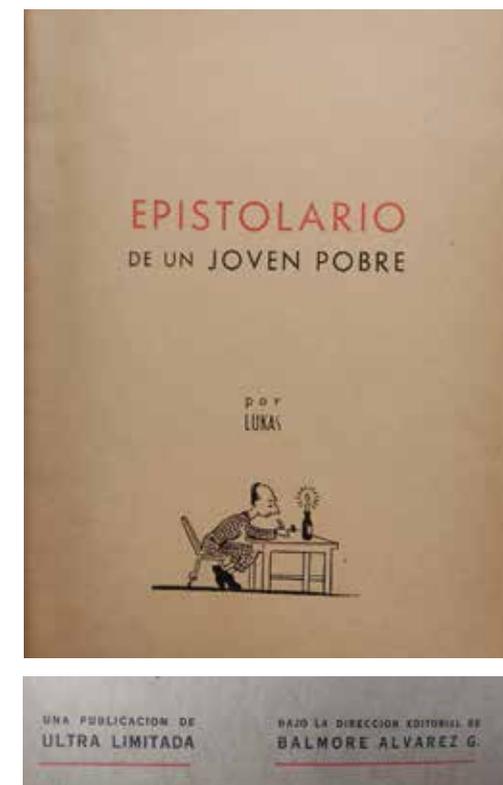
Para 1943 ya era editor. Debutó como tal con la obra reunida de su suegro, Francisco Gómez, en tres tomos, en rústica, con unas exorbitantes sobrecubiertas ilustradas que hoy serían la envidia de cualquier diseñador editorial. En 1945 publicó *El hombre de la granja*, de José Alvear Restrepo. Editó ese mismo año una

novelita de un joven jericiano de 22 años, *La tierra éramos nosotros*.

En 1946 dio a conocer, impresa en Bedout, las memorias de un veterano de la Guerra de los Mil Días, *Memorias de un coronel recluta*, de Jesús Cock Bayer, que denuncia la violencia cometida en esa guerra por el partido de gobierno, el Partido Conservador. Un año más tarde, Balmore hizo rabiar al más jovial de los humoristas de su tiempo: editó subrepticamente, y con la abierta desaprobación de su autor, *Epistolario de un joven pobre*, de Lucas Caballero Calderón.

En 1950 se le ocurrió a Balmore una nueva aventura como “hombre de la tinta” que fue, según la bella expresión de Carpentier: publicar 27 poemas de la literatura universal, tomados del repertorio que declamaba en la Emisora la Voz de Antioquia un dramaturgo español exiliado de la guerra civil, que sobrevivía entre nosotros vendiendo pastas y fideos producidos por su suegro. Se trataba de Fausto Cabrera. Para ello Balmore creó una editorial *Ad hoc*, Editora Caribe, sello bajo el cual aparecieron esos poemas con el título de *Armonía y Ensueño*. Balmore tuvo la intención adicional de vincular a aquella publicación a un joven ilustrador, buen dibujante y acuarelista que prometía, llamado Fernando Botero, propósito que también se cumplió con unas imágenes espléndidas del futuro gran artista.

A partir de ahí Balmore se convertiría en un padrino de las jóvenes

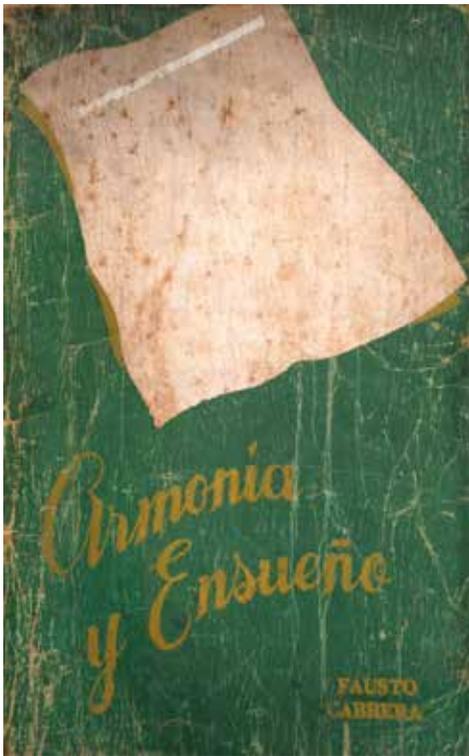


'Epistolario de un joven pobre'. LUKAS (KLIM: Lucas Caballero Calderón). Ultra Limitada, Medellín, 1947.

letras antioqueñas. Bien librado de su última quijotada editorial, publicaría en 1951 *Mi llanto y Manolete*, de su amado amigo Carlos Castro Saavedra, un callado homenaje a Lorca y a la resistencia republicana de la guerra civil.

Testigo de la torpeza ingente de esta tierra árida y de las sombras oscuras que la ensombrecen, aún de día, creó en 1952, junto con su hermano, en una esquinita por la Placita de Zea, una editorial fundada con la esperanza de iluminar esta villa: la Editorial Antorcha.

Vecina de la recién fundada por los hermanos Álvarez, obraba una



Portada de Armonía y Ensueño. "Compilación de algunos de los poemas que incluye en su repertorio el declamador español Fausto Cabrera". Editora Caribe, Medellín, 1950.

editorial clandestina, que, entre recetarios y libros de texto, publicaba libros comunistas: **Carpel: cartones y papeles**. Cuarteados por el monopolio editorial de la Bedout y por la falta de dinero para publicar puntos de vista opuestos a los de la indigesta "gente de bien", la editorial vecina sobrevivía subcontratando sus servicios con la editorial de la Universidad de Medellín. De libro en libro sobraban cortes de papel que Carpel aprovechaba para sus publicaciones propias.

En 1957, alquilando los servicios de impresión de la tipografía Pérez y Estilo, Balmore editaría **Tiempo de sequía**, el primer libro de cuentos de un Mejía Vallejo aún no consagrado por ninguna premiación.

En 1963, para no morir, Carpel y Antorcha se fusionan uniendo las buenas relaciones de Balmore con el mundo literario y los económicos conductos para haber insumos de Carpel. Se les une a los hermanos Álvarez el escritor Gonzalo Cadavid Uribe y nace así la editorial Carpel-Antorcha.

Su primer éxito editorial fue una edición local de bajo costo, hoy inconseguible, de un esclarecido ensayo escrito por un autor nunca impreso por estas localidades: **La crisis de la filosofía burguesa**, de un tal George Lukács. Una verdadera bomba para esta tierra llena de oligarcas y agiotistas con apellido de abolengo.

Los sesenta despertaban a la villa del adormecimiento de los años anteriores. Ya se podía gritar en la Plazuela de San Ignacio, boicotear un congreso y burlarse a risotadas de los "intelectuales" católicos. Carpel-Antorcha era la vitrina perfecta para una nueva literatura más acorde con los nuevos tiempos. Dos libritos inaugurarían esa unión: **Lo que yo vi en España**, de Mauro Cadavid, y **Camilo Torres: biografía, plataforma y mensaje**, de John L., hermano de Balmore, y Cristian Restrepo Calle.

En el 66 creó -con la ingenuidad de la emancipación y la complicidad de las almas de Darío Ruiz, Dora Ramírez, Manuel Mejía y Óscar Hernández- una serie editorial: **E.P.S: Ediciones Papel Sobrante**. La serie completa de sus publicaciones no la tiene ningún

bibliófilo nacional: en total doce volúmenes, que citamos para tentar a los cazadores de utopías: **Poemas de la casa**, de Óscar Hernández; **La ciudad deshabitada**, de Antonio Osorio; **La invención de la uva**, de Eduardo Escobar; **El grito de los ahorcados**, de Gilberto Martínez; **El verano también moja las espaldas**, de Óscar Collazos; **Letter to the north: Carta al Norte**, de Glenna Luschei; **La perorata y otras historias**, de Jaime Lopera Gutiérrez; **Cuentos de zona tórrida**, de Manuel Mejía Vallejo; **La muerte en la calle**, de José Félix Fuenmayor; **Operación alcantarilla: pieza en un acto**, de Flaminio Barrera; **Los recuerdos de mis perros**, de Magdalena Kiss de Berger, y **El fin de la filosofía y otros ensayos**, de Rafael Gutiérrez Girardot.

Recuerdan sus amigos que el único poema que recitaba Balmore con verdadera devoción era "Moriré en París con aguacero". Sabemos también que Balmore, además de sus publicaciones, tuvo hijos. Uno de ellos, Leonardo, se volvería el cantautor de toda una generación. Sentido musicalizador de poemas, algunos lo recuerdan como dueño y anfitrión de un bar capitalino con nombre de canción, ubicado en la 14 con 85, buscando de esa manera la suerte económica que le fue esquiva a su padre¹. En ese se iniciaría la carrera un desconocido portento cautivador emigrado del Valle del Cauca: el bar



Ilustración de Fernando Botero, en Armonía y Ensueño. Editora Caribe, Medellín, 1950.

de Leonardo acoge por esos años a un cantautor cuyo nombre daría después la vuelta al mundo: Jairo Varela.

Finalmente, así, sin más testigo que la misma literatura, murió Balmore, acuchillado en una cantina, antes de 1973. Hasta aquí lo que se sabe de su vida de novela. Publicó mucho. Nunca escribió nada.

Sebastián Mejía Ramírez. Docente e investigador de la Universidad EAFIT y la Universidad de Antioquia. Musicólogo con experiencia en gestión documental. Autor de publicaciones académicas y no académicas en **'Escritos desde la Sala'** de la Sala Antioquia de la Biblioteca Pública Piloto, en Tesoros de la Biblioteca Nacional de Colombia y en la Revista de la Facultad de Artes de la U. de A.

1. Leonardo Álvarez, hijo de Balmore, fundó el bar 'Ramón Antigua', en Bogotá, lugar icónico de la bohemia bogotana de los 80 y 90. (N. de los E.)